

Ismaíl Kadaré

# Crónica de piedra

Traducción de Ramón Sánchez Lizarralde



**Alianza** editorial  
El libro de bolsillo

Título original: *Kronikë në gur (Chronique de pierre)*

Diseño de colección: Estrada Design

Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



Copyright © Librairie Arthème Fayard, 1998

All rights reserved

© de la traducción: Ramón Sánchez Lizarralde, 2007

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2007

Calle Valentín Beato, 21;

28037 Madrid

[www.alianzaeditorial.es](http://www.alianzaeditorial.es)

ISBN: 978-84-1148-809-9

Depósito legal: M. 15.869-2024

Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: [alianzaeditorial@anaya.es](mailto:alianzaeditorial@anaya.es)

# Índice

## 9 Nota del traductor

### Crónica de piedra

17	Uno
26	Dos
43	Tres
59	Cuatro
73	Cinco
88	Seis
106	Siete
129	Ocho
143	Nueve
161	Diez
174	Once
195	Doce
206	Trece
220	Catorce
230	Quince
240	Dieciséis
254	Diecisiete
272	Dieciocho
280	Memorial



## Nota del traductor

Como se dijo en la «Nota del traductor» que comentaba las tres primeras entregas de esta Biblioteca Kadaré en 2001, fue la sucesiva aparición de la serie *Vepra (Obras)* del autor, simultáneamente en albanés y francés, a cargo de la editorial Fayard, lo que hizo posible que Ismaíl Kadaré fuera dando la revisión definitiva a su ya extensa y variada obra, relativamente dispersa por un lado, pero también, en el caso de no pocas de sus novelas, sometidas a sucesivos cambios y variaciones dependiendo de las circunstancias concretas de aparición.

Como se decía entonces, en la mayoría de los casos se trata de enmiendas y arreglos de carácter estrictamente estilístico; en algunos se llega a la reconstrucción de ciertos personajes y de pasajes con los que Kadaré no estaba enteramente satisfecho; y en otras ocasiones, por fin, las transformaciones consisten, de un lado, en devolver a los textos su primitiva redacción, alterada por el propio autor por motivaciones

debidas a la censura o la conveniencia política con el fin de lograr la supervivencia de la obra después de haber sido esta criticada, y de otro en prescindir de elementos que tenían desde el comienzo por principal objeto hacerla publicable bajo las condiciones del régimen de entonces.

En todas las oportunidades, a juicio de este lector-traductor, dichas revisiones han traído consigo una mejora de los libros, sin que nunca hayan llegado a afectar a su estructura ni a su esencia.

A su vez, la feliz decisión de Alianza Editorial de emprender y mantener una colección de bolsillo con la obra de Ismaíl Kadaré viene proporcionando la posibilidad de actualizar los textos de sus novelas, aparecidas en España y en castellano a partir de la década de los ochenta con arreglo a las versiones disponibles en cada caso y momento, y de fijarlas de acuerdo con la definitiva redacción a que nos referíamos.

Por fin, el traductor, que comenzó a poner en castellano la obra de Kadaré en 1989, está disponiendo también de la envidiable oportunidad (ya vamos por nueve entregas) de revisar su propio trabajo anterior, de corregir errores y desaciertos, de pulir rigideces o deficientes interpretaciones, de actualizar en suma, con arreglo a sus conocimientos y aptitudes actuales, textos con los que inició, no sin cierta torpeza en ocasiones, su trabajo de vertido de la amplia y original obra literaria de Kadaré a la lengua castellana.

Se trata además, y esto es lo fundamental, de una oportunidad, que debemos agradecer a la editorial, de restituir a los lectores diversas novelas del autor que, por diversas razones no literarias, habían desaparecido de las librerías y de los fondos editoriales.

*Crónica de piedra* (*Kronikë në gur*, «Crónica en piedra» en una traducción literal), aparecida en Tirana en 1970, se remonta, por lo que se refiere a su concepción, a los años de estancia del joven Kadaré en el Instituto Gorki de Moscú, donde le asalta el recuerdo de su ciudad natal, Gjirokastër, y le mueve a forjar diversos proyectos (*La ciudad sin anuncios*, su primera novela que permanecerá inédita hasta hace pocos años; diversos poemas como «Nostalgia de Albania...»), entre ellos el relato breve «El aeroplano grande» (escrito en 1962), que dará lugar a una novela corta, *La ciudad del sur*, escrita a mediados de los sesenta y que, a su vez, engendra *Crónica de piedra*. Es esta, pues, una de las primeras narraciones importantes del autor, aunque su trascendencia no se debe solo ni principalmente a la cronología, sino a su significación en verdad esencial en la trayectoria novelística de aquel. Con ella, Kadaré opera un importante giro en su trayectoria y la novela misma será un foco del que irradiarán personajes, procedimientos y proyectos narrativos.

Es la primera y una de las pocas obras autobiográficas del autor, que se refiere en ella a los años de la infancia durante la invasión italiana y alemana, a la resistencia guerrillera y la vida en ese ambiente, pero también a sus primeras lecturas y obsesiones, a la conformación de su imaginación y de su mirada, y en todo ello pueden rastrearse no pocos elementos que fructificarán más tarde, desarrollados, en otras creaciones... Allí se va componiendo el universo literario de Kadaré, su peculiar y singular concepción de las cosas y de las gentes, los entretejimientos sorprendentes entre las unas y las otras que se indagan en sus novelas...

En cuanto al texto en sí mismo, han sido pocas las transformaciones que el autor introdujo en la versión definitiva, aparecida en 1997, respecto de la original de 1970 (utilizada en mi anterior traducción). Reelaboración de algún escaso pasaje, mejoras estructurales en ciertos párrafos, sustitución de unos términos por otros para mejorar el ritmo y precisar un poco más la mayor parte de las veces... Kadaré ha estado bien seguro de esta obra desde siempre (y no ha ocurrido lo mismo con otras). Ni siquiera el breve retrato de Enver Hoxka (vecino del niño Kadaré y futuro fundador y caudillo del régimen comunista) ha necesitado variaciones... Por lo tanto, el trabajo del traductor ha consistido en incorporar, claro, las aludidas variaciones introducidas por el autor, pero sobre todo en mejorar el propio trabajo, el texto en español y su fidelidad al original albanés. Creo haberlo logrado en la medida que se me alcanza, aunque también he de añadir que las principales y más arriesgadas decisiones que tomé con motivo de la primera versión se han mantenido en esta: me han parecido adecuadas y sólidas.

*RAMÓN SÁNCHEZ LIZARRALDE*

Madrid-Soto de Agues, agosto de 2006

# Crónica de piedra



*Era una ciudad sorprendente que, como un ser prehistórico, parecía haber surgido bruscamente en el valle una noche de invierno y, arrastrándose penosamente, se había aferrado a la falda de la montaña. Todo en ella era viejo y pétreo, desde las calles y las fuentes hasta los tejados de sus soberbias casas seculares, cubiertos de losas de piedra gris semejantes a escamas gigantescas. Resultaba difícil creer que bajo aquella formidable coraza alentara y se renovara la carne tierna de la vida.*

*Al viajero que la veía por primera vez, la ciudad le despertaba el impulso de establecer una comparación, pero acto seguido, tras hacerle caer en la trampa, ella rechazaba la semejanza, pues era una ciudad que no se parecía a nada. Soportaba tan fugazmente las comparaciones como las lluvias, como el granizo, como el arco iris o las multicolores banderas extranjeras que desaparecían de sus tejados del mismo modo que llegaban, tan efímeras e irreales como perdurable y concreta era ella.*

*Era una ciudad empinada, quizá la más empinada del mundo, que había desafiado todas las leyes arquitectónicas y urbanísticas. La viga del tejado de una casa rozaba, a veces, los cimientos de la siguiente y sin duda se trataba del único lugar en el mundo donde el caminante, si se caía a un lado del camino, en lugar de precipitarse al vacío, podía aparecer sobre el tejado de una mansión elevada. Esto lo sabían mejor que nadie los borrachos.*

*Era ciertamente una ciudad asombrosa. Se podía ir caminando y, de desearlo, alargar un poco la mano y colgar el sombrero de la aguja de un minarete. Muchas cosas eran aquí increíbles y muchas otras como salidas de un sueño.*

*Si la ciudad albergaba a duras penas la vida humana entre sus miembros y bajo su caparazón de piedra, tampoco cesaba de causarle, sin pretenderlo, incontables dolores, arañazos y heridas a esa vida, y eso era algo natural, pues se trataba de una ciudad de piedra y todo contacto con ella era áspero y frío.*

*No resultaba fácil ser niño en esta ciudad.*

# Uno

Afuera, la noche invernal lo había envuelto todo en agua, en niebla y en viento. Con la cabeza tapada bajo el embozo, yo escuchaba el ruido sordo y monótono de las gotas de lluvia sobre el gran tejado de nuestra casa.

Imaginaba cómo las gotas innumerables rodaban en aquel instante sobre las lajas inclinadas del tejado, apresurándose a caer cuanto antes a tierra para evaporarse después y volver a encaramarse allá arriba, al cielo blanco. No sabían que en los aleros les esperaba una trampa oculta, el canalón de hojalata. Justo cuando se disponían a brincar del tejado al suelo, se encontraban de pronto en el interior del estrecho canalón junto con miles y miles de sus compañeras que se preguntaban amedrentadas: ¿Adónde vamos?, ¿adónde nos llevan? Entonces, antes de que hubieran podido recuperarse de su alocada carrera por el tubo, caían bruscamente en una prisión honda y oscura bajo la tierra, en el aljibe de nuestra

casa. De este modo llegaba a su fin la vida libre y gozosa de las gotas de lluvia.

Allí, en el aljibe negro y mudo, recordarían después con tristeza los espacios celestes que ya jamás volverían a contemplar, las ciudades extraordinarias a sus pies y los horizontes plagados de relámpagos. Tan solo yo, alguna vez, les enviaría con mi espejo un fragmento de cielo, tan pequeño como la palma de una mano, que jugaría durante un rato en la superficie del agua como un breve recuerdo del firmamento infinito.

Pasarían muchos días, incluso meses, aburridas allá abajo, hasta que mi madre las sacara con un cubo, aturdidas y desconcertadas por la oscuridad, y lavara con ellas nuestra ropa, las escaleras y los pasillos de la casa.

Pero, por el momento, no sabían nada de eso. Corrían ahora llenas de vigor y alegría por las lajas de piedra del tejado y solamente yo, mientras escuchaba su sonido bajo las mantas, sentía por ellas algo parecido a la compasión.

Cuando la lluvia duraba tres o cuatro días seguidos, papá separaba el canalón en un punto, de forma que el aljibe no se llenara más de lo debido. El depósito era grande, se extendía prácticamente bajo toda la superficie que ocupaba nuestra casa y, si alguna vez el agua lo hubiese hecho reventar, habría podido inundar primero el sótano y destruir después todos los cimientos, porque nuestra ciudad era empinada y en ella podía ocurrir cualquier cosa.

Mientras me devanaba los sesos acerca de quién soportaba con más dificultad la prisión, si el hombre o el agua, escuché los pasos de la abuela y después su voz, procedentes de la otra habitación.

—Levantaos, levantaos, hemos olvidado retirar el canalón.

Papá y mamá se levantaron inmediatamente, alarmados. Mi padre corrió a oscuras por el pasillo, con sus largos calzones blancos, abrió el ventanuco del mirador y con una larga pértiga separó el canalón. Se escuchó el gorgoteo del agua que comenzaba a derramarse en el patio.

Entretanto, mi madre encendió el candil de petróleo y bajó las escaleras junto con mi padre y la abuela. Me acerqué a la ventana intentando escudriñar el exterior. El viento estrellaba con furia la lluvia contra los cristales y gemía al atravesar las viejas rendijas de la casa.

No pude contenerme y bajé las escaleras para ver qué sucedía abajo. Estaban preocupados los tres y no notaron mi presencia. Habían levantado la tapa de madera de la boca del aljibe y trataban de averiguar qué pasaba allí dentro. Mamá sujetaba el candil y papá miraba.

Sentí un escalofrío y me arrebujé en las faldas de la abuela. Ella me posó la mano en la cabeza con afecto. La gran puerta del patio y la interior temblaban con el viento.

—¡Qué desastre! —exclamó la abuela.

Mi padre, tendido de bruces, seguía intentando ver algo en el interior del aljibe.

—Tráeme un papel de periódico —dijo a mamá.

Ella se lo trajo. Papá retorció el papel, le prendió fuego y lo dejó caer dentro. Mamá dejó escapar un leve grito.

—El agua llega hasta la boca —dijo papá.

La abuela comenzó a murmurar una oración.

—Rápido —gritó papá—, enciende el farol.

Mi madre, muy pálida, encendió el farol con manos temblorosas mientras papá se echaba sobre la cabeza un impermeable negro, le arrebató después el farol y corría a abrir la

puerta. Mamá se puso también un abrigo viejo sobre la cabeza y salió tras él.

Fuera, entre el fuerte ruido de la lluvia, se escuchó un golpe amortiguado sobre una puerta. Después otro y otro más.

—No te asustes —dijo la abuela—. Vendrán los vecinos para achicar el agua y el aljibe se calmará —su voz sonaba arrulladora como si se preparara a contar algún cuento—. Todo mal en este mundo tiene remedio, hijo. Solo con la muerte no hay nada que hacer.

Me acerqué a la boca y miré hacia abajo. Tinieblas. Nada más que tinieblas y miedo.

—Auuu —dije con voz débil. Pero el aljibe no me respondió. Era la primera vez que no lo hacía. Lo quería mucho y a menudo le contaba toda clase de cosas inclinándome sobre su boca. Siempre había estado dispuesto a responderme con aquella voz suya honda y reptante...

—Auuu —repetí, pero volvió a guardar silencio. Esto significaba que estaba muy enfadado.

Imaginaba ahora cómo las gotas innumerables de lluvia agrupaban sus enfados unas con otras allá abajo. Las más viejas, que languidecían allí desde hacía largo tiempo, se unían a las nuevas, las gotas iracundas de la tormenta de aquella noche, para cometer alguna acción malvada. ¡Qué lástima que papá hubiera olvidado retirar el canalón! No se debía permitir que las aguas de la tormenta se metieran en nuestro apacible aljibe y lo empujaran a la rebelión.

Se oyó ruido junto al portón y, uno tras otro, empapados, entraron Xhexho, Mane Voco y Nazo junto con su nuera. Después lo hizo papá y tras él mamá, que temblaba de frío. El portón crujió de nuevo y entraron corriendo

Javer y Maksut, el hijo de Nazo, con un gran cubo en la mano cada uno.

Me reconfortó ver a tanta gente junta. Se agitaron las cuerdas, las cadenas, los cubos. Me pareció que aquellos recipientes cantarines expulsaban de mi ánimo la angustia. Permanecía junto a la barandilla y observaba a los que ya comenzaban a trabajar ruidosamente: a Mane Voco, alto y delgado, con el pelo canoso; al hijo y a la nuera de Nazo, tan hermosa con los ojos soñolientos; a Xhexho, que apenas lograba tomar aliento. Mane Voco, Xexo y Nazo, su marido y Javer sacaban los cubos llenos de agua, mientras mi padre y los demás los vaciaban junto a la puerta del patio. Fuera, la lluvia continuaba cayendo a raudales y Xhexho exclamaba una y otra vez con su voz nasal:

—¡Dios mío, qué diluvio!

Tras cada cubo que se derramaba, yo le decía al agua para mis adentros: Vete, vete al diablo, ya que no quieres quedarte en nuestro aljibe. Cada cubo estaba repleto de gotas de lluvia encarceladas y yo pensaba lo bueno que sería si se pudiera sacar primero las gotas más díscolas y alborotadoras y así reducir el peligro.

Xhexho se apartó para descansar y encendió un cigarrillo.

—¿Has oído? —dijo acercándose a la abuela—. A la hija de Checho Kaili le ha salido barba.

—¡Tonterías! —replicó la abuela.

—Por estos ojos —dijo Xhexho—. Barba negra como a los hombres. Por eso su padre no la deja salir a la calle.

Yo agucé el oído. Conocía a aquella muchacha y verdaderamente hacía mucho tiempo que no la veía por la calle.

—¡Ah, querida Selfixhe! —se quejó Xhexho—. ¡Pobres de nosotras, pobres! ¡Qué signos tan funestos nos envía el Señor! Fíjate en el diluvio de hoy.

Mientras observaba a la hermosa nuera de Nazo, que se había casado hacía tres semanas, Xhexho le dijo algo en voz baja a la abuela. Esta se mordió el labio. Me acerqué a escuchar, pero Xhexho tiró el cigarrillo y se dirigió a la boca del pozo.

—¿Qué hora será? —preguntó Mane Voco.

—Más de medianoche —respondió papá.

—Voy a haceros un café —notificó la abuela y me llevó con ella.

Estábamos subiendo las escaleras cuando se oyó rechinar la puerta.

—Llega más gente —dijo la abuela.

Yo estiré la cabeza sobre la barandilla e intenté ver quién había llegado, pero en vano. El pasillo estaba medio en tinieblas y por las paredes se deslizaban sombras terroríficas de formas cambiantes, como de pesadilla.

Subimos a la segunda planta y entramos en la habitación de invierno. La abuela encendió el fuego en la chimenea. Yo me eché a dormir.

Fuera aullaba la tormenta, las chimeneas gemían en lo alto del tejado como si estuvieran vivas y yo pensaba que bajo los cimientos de nuestra casa no había tierra firme y segura, sino el agua negra y traicionera del aljibe.

Malos tiempos, tiempos turbulentos. ¡Ah, querida, es una época traicionera esta! Confusamente, mientras me atrapaba el sueño con la ayuda del rumor del fuego, recordaba retazos de frases y conversaciones de los mayores escuchadas aquí y allá, con sentidos tan escurridizos como el agua.

Cuando desperté, la casa parecía muda. Mi padre y mi madre dormían. Me levanté sin hacer ruido y miré el reloj. Eran las nueve. Fui a la otra habitación, pero la abuela dormía también. Era la primera vez que nadie estaba levantado ya a aquella hora.

La tormenta había cesado. Me acerqué a los ventanales de la sala grande y miré fuera. El cielo estaba alto y frío, cubierto de nubes del color de la ceniza, inmóviles. El agua que habían sacado a cubos durante la noche quizá ya se había evaporado y había ascendido a lo alto, a las nubes, y desde allí contemplaba ceñuda y jactanciosa los tejados empapados y la tierra sombría.

Lo primero que me llamó la atención al dirigir los ojos hacia los barrios más bajos fue el río desbordado. Ya sabía que habría riada. Con una noche así, no podía ser de otro modo. Durante toda la noche el río habría intentado, como de costumbre, saltar el puente, lo mismo que un caballo encabritado intenta desasirse de los aparejos que lo hieren. La mejor muestra de los esfuerzos salvajes que había desplegado durante toda la noche era su propio lomo ensangrentado. Y, como no había logrado remontar el puente, se había abalanzado sobre la carretera y se la había tragado. Ahora no se la veía. El río, desmesuradamente hinchado con la comilona, intentaba digerirla en su vientre. Pero la carretera era sólida, ya estaba acostumbrada a aquellos ataques súbitos y seguramente permanecía en calma bajo las turbias aguas rojizas, a la espera de que se retirasen.

Río estúpido, pensé. Todos los inviernos intentaba devorar la ciudad por los pies. Sin embargo, no era tan fiero como trataba de aparentar. Los verdaderamente peligrosos eran los torrentes que descendían de la montaña. También

ellos, al igual que el río, se esforzaban por tragarse la ciudad. Pero mientras este se pavoneaba presuntuoso a los pies de la ciudad antes de atacarla, los torrentes se precipitaban sobre su espalda por sorpresa y a traición. Habitualmente no tenían agua y semejaban serpientes secas y muertas sobre la falda de la montaña. Sin embargo, en una noche de tormenta, revivían de pronto, crecían, embestían, bramaban, aullaban. En aquel momento mismo corrían pendiente abajo, pálidos de furor, con sus nombres breves como si fueran de perros (Chulo, Fitso, Cfake), arrastrando el fango y las piedras arrancados durante su carrera por los barrios altos.

Contemplaba el paisaje transformado en el curso de la noche y pensaba que el río odiaba al puente, mientras que la carretera, sin duda, odiaba al río, los torrentes a los muros, el viento a la montaña que domaba su furia, y todos ellos juntos odiaban la ciudad, la cual se desplegaba empapada, gris y altanera, en medio de aquel resentimiento destructor. Yo la quería, pues estaba sola contra todos en aquella guerra.

Sin apartar los ojos de los tejados, intentaba comprender qué relación podía existir entre la tempestad de la noche pasada y la hija de Checho Kaili, cuya barba recordé de pronto como un mal agüero. Después, mi imaginación se trasladó al aljibe. Me levanté y bajé las escaleras. El corredor estaba completamente empapado. Los cubos y las cuerdas aparecían amontonados por el suelo. Su presencia acentuaba aún más el silencio. Me acerqué a la boca del aljibe, levanté la tapa y me agaché.

—Auuu —le dije en voz baja, como si temiera despertar alguna bestia.

—Auuu —me respondió el aljibe con desgana, con una voz ronca y ajena. Esto significaba que se le había pasado el

enfado, aunque no del todo, pues su voz resultaba más gruesa de lo habitual.

Al subir nuevamente a la sala grande de la segunda planta, vi con alegría que allá a lo lejos, a una distancia indefinida, había aparecido el arco iris, como un pacto de paz recién establecido entre la montaña, el río, el puente, los torrentes, la carretera, el viento y la ciudad. No resultaba difícil comprender que se trataba, no obstante, de una paz temporal e inestable.

—*Toma Francia y Canadá y dame Luxemburgo.*

—*¡No, hombre! Te gusta Luxemburgo, ¿eh?*

—*Bueno, si quieres.*

—*Si me das Abisinia por dos Polonias, entonces podemos discutirlo.*

—*Abisinia no te la doy. Llévate Francia y Canadá.*

—*No.*

—*Entonces, devuélveme la India, que te la di ayer a cambio de Venezuela.*

—*¿La India? Toma, quédatela. ¿Para qué quiero la India? Si quieres que te diga la verdad, anoche me arrepentí.*

—*No te habrás arrepentido también por lo de Turquía...*

—*Porque la he vendido; si no, te la devolvería.*

—*Muy bien, entonces tampoco te entrego Alemania, como te dije ayer. La partiré en cuatro pedazos y te quedarás sin nada.*

—*¡Oh!, ¡si crees que Alemania me importa algo!*

*Llevábamos una hora peleándonos y regateando con los sellos de correos en mitad de la calle. Disputábamos aún cuando pasó Javer y nos dijo riendo:*

—*¿Qué, os estáis redistribuyendo el mundo?*